

CAPITULO XXIII.

Macanaz nombrado juez especial de confiscaciones.—Destrucion de Játiva.—Pérdida de Oran.—Apuros de los confederados.—Casamiento del archiduque Carlos.

Además de la delicada mision encomendada á D. Melchor de Macanaz para que emitiese dictámen acerca de las constituciones particulares de Valencia y Aragon, fué enviado á la primera de estas dos capitales con instrucciones y la facultad especial de entender y fallar como juez en todos los procesos de las confiscaciones que habian de hacerse á los rebeldes, con un dominio y una autoridad tal, que de sus decisiones no podia apelarse á otro tribunal que al Consejo.

Interin se tomaban estas providencias contra aquellos dos reinos, castigando de esta manera su rebelion, propúsose por el general Dasfeldt, y fué aprobado por el de Berwick, el de Orleans y el Rey mismo, entrar á sangre y fuego en Játiva, ciudad que se habia distinguido por su entusiasmo á la causa del Archiduque resistiendo dos veces á los ejércitos de Felipe V, y que constantemente habia rehusado el perdon que se le ofreciera, manteniéndose firme en la conducta que desde un principio siguió y defendiendo la causa del Archiduque, por la que se habia decidido con el mayor ardor.

En su consecuencia, tomada á fuego y sangre, fué reducida á cenizas sin que quedara de ella piedra sobre piedra y sin tener consideracion alguna.

Sacáronse primero las monjas de sus dos monasterios y después fueron llevadas á Castilla las mujeres y niños de la ciudad, prohibiéndoles, con el mayor rigor y bajo las penas más severas, cuya razon no hemos podido darnos, que volvisen á entrar jamas en el reino de Valencia.

Exceptuando los templos, todo lo demas quedó reducido á pavesas, las casas incendiadas cayeron todas, no quedando piedra sobre piedra; pues el designio que los guiaba, segun las órdenes que tenian recibidas, era de que la ciudad de Játiva desapareciera por completo sin que vestigio quedara de ella, ni aún su nombre, cosa que procuraron realizar por todos medios.

Duro ensañamiento con que los vencedores oscurecieron la gloria de sus triunfos!

Pero este pensamiento no prevaleció gracias á las instancias de Macanaz, que, ya con objeto de atenuar el mal efecto de la saña demostrada con aquella ciudad, ya con objeto de indemnizar las pérdidas que sufrieran algunos que habian permanecido leales, estuvo trabajando hasta que consiguió del Rey que sobre las ruinas de la ciudad destruida se levantara otra con el nombre de *San Felipe*, y que de los bienes de los rebeldes se indemnizara á los pocos que habian sido leales, aplicando y repartiendo lo restante entre los nuevos pobladores. Lógico era, y así sucedió, que, pues de él nació la idea, tambien se encomendase á Macanaz el cargo de ejecutar esta nueva providencia.

«Sabed, decía entre otras cosas el rey D. Felipe á Macanaz, que la obstinada rebeldía con que hasta la desesperacion resistieron á los nuestros los vecinos de Játiva, por hacer irremisible el crimen de su perjurá infidelidad, desatendiendo la benignidad con que les franqueó nuestra real persona el perdon, empeñó nuestra justicia á mandarla arruinar para extinguir su memoria... y no siendo nuestro real ánimo comprender en esta pena á los inocentes (aunque fueran muy pocos) ántes sí de salvar sus vidas y haciendas... he resuelto que vuelvan á ocupar sus casas y posesiones en la referida ciudad y sus términos... y porque el culto divino quede indemne y restablecido con mejoras, es nuestra voluntad que la iglesia colegial, parroquias, conventos y capellanías conserven sus posesiones... no siendo admitida en la nueva ciudad persona alguna eclesiástica ni seglar notada del crimen de infidelidad, y formar de las ruinas de una ciudad rebelde, como la expresada Játiva, una colonia fidelísima que se ha de intitular de *San Felipe*, etc., etc.»

Dedicóse Macanaz, ántes de espirar el año de 1707, á la reedificación de que se trata, desplegando el celo y actividad de que tan señaladas pruebas tenia dadas; y con la probidad y buena fe que tan proverbiales le eran, consiguió en el menor espacio posible ver realizado su propósito.

La campaña, como vemos, no podía principiar bajo mejores auspicios que con los que principiaba en 1708.

Sin embargo, se procedía con crueldad. El día 9 de enero el conde de Mahoni, que parecia animado del más grande espíritu de monarquismo hacia D. Felipe, ó de una sed de sangre que con nada se saciaba, ó de un afán de distinguirse inmoderado, se apoderó de la importante villa de Alcoy, punto que era el resguardo de los migueletes que en él tenían su cuartel general, al que se replegaban después de sus correrías, y que mucho se habia distinguido, como Játiva, por sus esfuerzos en defensa de la causa del archiduque de Austria.

Nada hizo el conde de Mahoni por evitar que esta poblacion fuera saqueada y entregada al pillaje como lo habia sido Játiva. Para que á los demas sirviera de saludable escarmiento, el comandante de los migueletes, D. Francisco Perera, fué ahorcado en medio de la plaza, y después se colocó su cuerpo en el camino de Alicante.

Impulsado el de Mahoni por cualquiera de los móviles que he-

mos enumerado, llevó á cabo esta empresa sin contar con el asentimiento de los generales Berwick y Dasfeldt, en cuyos cálculos entraba dar algun descanso á las fuerzas ó preservarlas, en cuanto posible fuera, de los rigores de la estacion, por lo que se disgustaron grandemente al tener conocimiento de ella, y como no era la primera vez que el Conde se arriesgaba á hechos de esta naturaleza sin contar con la voluntad de nadie, lo cual era expuesto á comprometer el plan general, los generales consiguieron del Rey que fuera destinado con su regimiento de dragones al reino de Sicilia, cuya posesion no era muy segura desde la pérdida de Nápoles.

Estos repetidos triunfos consiguieron, á más de animar el espíritu de los partidarios de D. Felipe, que tras tantos días de zozobra y de inquietud veían al fin un rayo de esperanza, y abatir un tanto las fuerzas del Archiduque, que fuera ménos malo el efecto que causara la noticia de la pérdida de la plaza de Oran, que por aquellos días se recibió y que necesariamente habia de afectar.

Sitiada desde hacia mucho tiempo por los moros argelinés, auxiliados por ingenieros ingleses, holandeses y alemanes, y falta de recursos, pues ningunos le pudieron ser enviados desde que el marqués de Santa Cruz se habia pasado á los enemigos con los cuarenta mil pesos que se le entregaran, apurados todos los medios de resistencia, falta de toda esperanza, no tuvo al fin otro remedio que rendirse.

Se hallaba de gobernador en ella el marqués de Valdecañas, el que salió precipitadamente con varios oficiales, tan en desorden, que otros muchos cayeron en poder de los moros, sufriendo la más miserable esclavitud. Siempre nuestras discordias y disensiones civiles han sido la causa principal de las pérdidas de territorio que hemos experimentado fuera de la Península, y la guerra de Sucesion puede determinarse como causa de la pérdida de la plaza que gloriosamente conquistó Cisnéros, pérdida que, á pesar de todo, no vieron con desagrado los franceses, pues sobradamente hemos dicho las ideas que sobre esto han expuesto algunos historiadores.

Coincidió con esto tambien la vuelta á España del duque de Orleans, que con sus palabras y acciones demostraba venir animado de no muy buenos propósitos con respecto al rey D. Felipe, pues en público decía que aunque el Rey abdicase, él nunca abandonaría á los españoles sin consentir que fueran gobernados por otro cualquier monarca extranjero, lo cual causó no poco disgusto entre las personas sensatas, disgusto que aumentó durante su nueva estancia en la corte, pues unido á varios jóvenes libertinos, prosiguió su poco edificante conducta de Paris, y fueron tales los escándalos que dieron y los desmanes que cometieron, que el Alcalde de corte y aún el presidente del Consejo se vieron obligados á tomar algunas medidas exigidas por el público decoro.

Aun cuando la reina de Inglaterra tenia dentro de sus estados bastante en qué ocuparse, no por eso descuidaba la guerra de Cataluña y Portugal, y envió algunos refuerzos de tropa y un millon de libras esterlinas, que el Parlamento le concedió para este objeto.

Hizo pasar de Italia un cuerpo de los que allí operaban, á Cataluña, y dió el mando de este ejército á Stanhope, invistiéndole además con el título de embajador cerca del rey de España, Carlos III.

El marqués de las Minas, de quien hemos hablado algunas veces, por su mucha edad, se retiró á Portugal á poco de la derrota de Almansa, y Galloway se puso al frente de las tropas inglesas que operaban en Extremadura.

El emperador José, no queriendo dejar de contribuir por su parte al sostenimiento de la guerra, envió un cuerpo de ejército á las órdenes del mejor de sus generales, después del príncipe Eugenio, que era el conde de Staremberg.

Todos estos refuerzos, sin embargo, no sirvieron más que para aumentar las guarniciones de Alicante, Denia, Cervera y Tortosa, pues no servían para pelear en un país que les era desconocido.

Entre tanto el Archiduque se hallaba en Viena celebrando su matrimonio con la princesa Isabel Cristina de Brunswick, la cual habia abjurado el protestantismo abrazando la religion católica ante el arzobispo de Maguncia.

La joven Princesa vino á España desde Génova conducida por el almirante Lake, quien además traía en una flota algunos cuerpos de tropas alemanas y palatinas.

El 20 de junio de 1708 desembarcó en Barcelona, en medio de las mayores demostraciones de regocijo y entusiasmo, con todos los honores de reina, puesto que para los catalanes lo era, como esposa de su rey Carlos III.

Nada era capaz de hacer comprender á los catalanes lo desacertado de la empresa en que se habian comprometido, y en su consecuencia, juzgando que alcanzarían el triunfo y no comprendiendo que no estaban siendo más que un juguete de las potencias que deseaban amenguar el poder de Luis XIV, mostrábanse más decididos que nunca.



ENTRADA DEL DUQUE DE ORLEANS EN TORTOSA.

CAPITULO XXIV.

El duque de Orleans nuevamente en Madrid.—Sitio de Tortosa.—Regresa á Francia el de Orleans disgustado.—Dasfeldt recobra á Denia y Alicante.—Queja de los barceloneses al Archiduque.

El 11 de marzo de 1708 volvió el duque de Orleans á Madrid, permaneciendo hasta el 13 de abril.

Al encargarse de nuevo de la direccion suprema de la guerra, dió á sospechar que traía ciertos proyectos, inspirados acaso por el duque de Borgoña, desfavorables para el rey Felipe.

Lo primero que hizo fué disponer que el de Berwick pasase á Bayona, donde recibiría órdenes para pasar á la guerra del Delfinado: no habiéndose llevado muy á bien que se alejara de España al vencedor de Almansa.

Por otra parte, la conducta del duque de Orleans con otros jóvenes conocidos por su vida licenciosa y disipada, le hizo perder en el concepto público: llegando á tal punto los escándalos, que el mismo alcalde de corte y el gobernador del Consejo hubieron de tomar providencias que pedían el decoro y la decencia pública.

De este modo empañó con su inmoralidad la justa reputacion que había adquirido de militar inteligente y valeroso.

Dispuesto á continuar la campaña de Cataluña, marchó á Zaragoza el referido 13 de abril, y despues de adoptar algunas medidas convenientes, puso en movimiento las tropas destinadas al sitio de Tortosa.

Las operaciones de este sitio hubieron de dilatarse, porque un convoy de cien barcos cargados de víveres, fué sorprendido por una escuadra inglesa que se apoderó de casi todos.

El mariscal Dasfeldt, desde Valencia, pudo surtir al de Orleans de vituallas y municiones, y construido un puente sobre el Ebro, no sin grandes dificultades, dió principio el ataque, abriendo la primera trinchera del 20 al 22 de junio.

El conde de Staremberg acudió para hacer levantar el sitio; mas, siendo escasas las fuerzas con que contaba, no lo consiguió. Rindióse por capitulacion la plaza en 11 de julio con todos los honores de la guerra.

Sólo llegaron á entrar en esta capitulacion dos mil hombres de los trece batallones de tropas extranjeras y cuatro de catalanes, que componían la guarnicion; los demas perecieron en la defensa.

El duque de Orleans entró en Tortosa el 19, y dejando por gobernador de ella al caballero de Croix, mariscal de campo, encomendó á D. Melchor Macanaz el cuidado de establecer el gobierno político, civil y criminal de la ciudad, y el 24 salió su ejército á continuar la campaña.

En lo restante del año no ocurrió por la parte de Cataluña suceso alguno de importancia, excepcion hecha de la entrada del duque de Orleans en la Conca de Tremp, que los enemigos le disputaron, y que le costó algunas pérdidas.

Estableció en seguida sus cuarteles de invierno, y dando una vuelta por Madrid, partió otra vez para Francia en el mes de noviembre, nada satisfecho de la acogida que últimamente encontró en el pueblo, en la nobleza y hasta en los Reyes, efecto todo de las causas que dejamos indicadas anteriormente respecto de sus costumbres.

Reforzado Dasfeldt con siete batallones de infantería y el regimiento de caballería de la Reina, se resolvió á recuperar las dos únicas plazas que aún conservaban en el reino de Valencia los aliados, que eran Denia y Alicante.

Despues de un asalto vigoroso, y al cabo de dos semanas de sitio, apoderóse de Denia el 17 de noviembre. Entregóse á discrecion la guarnicion, compuesta de portugueses é ingleses y tres mil voluntarios. Veinticuatro piezas de bronce, veintiseis de hierro y considerable cantidad de municiones se ganaron en esta empresa.

Rendida Denia, sólo quedaba Alicante. El 2 de diciembre capituló la ciudad sin resistencia, en vista de que las fortificaciones exteriores habían sido ocupadas inmediatamente que se presentó Dasfeldt. Este dispuso que la guarnicion pasara á pié á Barcelona, que las milicias y vecinos quedaran á merced del Rey, y que para los eclesiásticos se implorara la clemencia real.

Quedó solamente por tomar el castillo, que estaba situado sobre una roca. Dispusieronse las obras y las operaciones del sitio, cuidando, sobre todo, de incomunicarle por la parte del mar.

Hízose una mina desde cuya abertura hasta la superficie del castillo mediaban más de cuatrocientas varas de altura, segun expresa Macanaz en sus Memorias. Este trabajo sumamente pesado se llevó á cabo á fuerza de paciencia y actividad.

Terminadas las obras de la mina, tuvo el caballero Dasfeldt la atencion de prevenir á los sitiados, y muy particularmente al gobernador de la plaza Richard, pues no podía ménos de lamentar que se sacrificasen tantos valientes; pero aunque llegó á enseñarseles la mecha encendida, confiando en que el fuego respiraría por una contramina que ellos hicieron, y que por consiguiente la roca resistiría á la explosion, rechazaron la proposicion que el sitiador les hacía de dejarles el paso libre para Barcelona.

Cargada la mina con más de mil doscientos quintales de pólvora, prendiósele fuego, volando entre escombros el castillo, el gobernador Richard, cinco capitanes, tres tenientes y el ingeniero mayor, que estaban de sobremesa, y ademas ciento cincuenta hombres que por aquella parte de la montaña se encontraban. Los pe-

ñascos desprendidos convirtieron en ruinas más de cuatrocientas casas; y aunque el estruendo no fué grande, por las muchas cisternas de agua de las inmediaciones, se estremeció la tierra en un circuito de más de una legua.

Esta voladura no aterró, sin embargo, á los intrépidos restos de la guarnicion del castillo, de cuya defensa se encargó Albon.

El vicealmirante Bother, que se hallaba en la bahía con veinte y tres navios, y el general ingles Stanhope, con tropas de desembarco, intentó socorrer á los defensores del castillo; pero la artillería de los sitiadores lo impidió y Stanhope envió á tierra un bote con bandera blanca pidiendo la suspension del fuego.

Ajustóse la capitulacion, y al tenor de lo en ella convenido, en los mismos buques de la escuadra aliada, fué transportada la guarnicion á Barcelona, quedando, merced á esta última operacion, pacificado con la rendicion de Alicante todo el territorio comprendido en el reino de Valencia.

Los continuos descalabros que desde algun tiempo venían sufriendo los confederados y los infructuosos sacrificios que para sostener la causa del austriaco se veían obligados á soportar sus partidarios, particularmente en el principado de Cataluña, llegó al punto de desesperar á los barceloneses.

Quejéronse amargamente al archiduque Carlos, exponiéndole respetuosamente, que no sólo habían sido defraudadas sus esperanzas, sino que de las grandes sumas que le tenían prestadas, aún no habían visto cumplida ninguna de las promesas que se les tenían hechas respecto á su reintegro.

Hacíanle ver, ademas, que las tropas se desmandaban por todas partes, entregándose al robo y al saqueo sin respetar sus fueros.

Es digno de ser conocido este documento que inserta íntegro en sus Memorias el ya tantas veces nombrado Macanaz.

Hé aquí los párrafos más notables de él:

«Señor: viendo que hace ya dos años que, mantenidos por vanas esperanzas, V. M. nos tiene suspensos, esperando grandes sumas de dinero para pagar, no solamente las tropas, cuyo número (en realidad muy corto) había de crecer tanto, (segun embajadas y respuestas dadas por V. M. diferentes veces á los síndicos del Excmo. Consejo de Ciento), que no sólo habían de ser suficientes á defender á V. M. y á conquistar toda la monarquía, sino que tambien con ellas había de obligar á la Francia á hacer una paz, restituyendo todo lo que es de V. M., á ponerla en tal consternacion, que de ella se viese quizá amenazada su poderosa corona de un fracaso, y tambien con dicho dinero pagaria V. M. todo lo que debe... á cabildos, comunidades, gremios, etc., que en todo es una cantidad inmensa, sino tambien lo que tiene prestado á V. M. esta ciudad de Barcelona, por lo que se halla sin crédito, tras haber acuñado tanta moneda corta... viendo que en lugar de dar socorro á Lérida, no se emplearon las suficientes tropas, sino sólo en saquear, violar, robar cuanto encontraban bien lejos de los enemigos, y en hacer daños que jamas han hecho en estas provincias enemigas tropas... causando estas insolencias tan lamentables sentimientos en los vasallos de V. M., que está la ciudad llena de síndicos de las villas y lugares de Urgel, Campo de Tarragona y otros, á explorar en lo que han errado, ó si V. M. les manda satisfacer los servicios que á V. M. tienen prestados... Viendo que, contra nuestras patricias leyes, despóticamente se aposentan los soldados por toda la provincia, forzando á sus moradores á que los alimenten... y en esta ciudad los oficiales se entran y sirven de las casas que les parece, sea ó no gustoso el dueño. Viendo que de los ministros de V. M. ninguno procura hacer un real sacrificio, antes tirando solamente á robar y hacer ajustes de comunes y particulares donde pueden meter mano; y al que tiene conveniencias, bajo el nombre de botillero, ejecutan todo el rigor que se les antoja, ocasionando con ello grandes odios en muchos vasallos. Y finalmente, viendo que lo que podría valernos ha salido contrario... y que los insultos van creciendo... que los enemigos van internando, y las tropas de V. M. enteramente huyendo; que está cerca la campaña y nosotros aunque vengan (como nos tiene ofrecido V. M.) diez mil hombres de Italia, incapaces de hacer una honrada defensa. Por tanto, suplica esta ciudad de Barcelona á V. M. procure el remedio para el resguardo de su real persona y la de sus fidelísimos vasallos. De nuestra Diputacion, etc.»

Prometiéndoles el Archiduque que de Inglaterra y de Italia llegarían pronto refuerzos de tropas y abundancia de dinero, y que la armada había ido á apoderarse de Cerdeña en tanto que el príncipe Eugenio entraba por el Delfinado.

Apaciguáronse algun tanto los ánimos de los barceloneses con estas promesas; pero volvieron á reproducir sus quejas cuando ocurrió la pérdida de Tortosa, de que culpaban al general Staremberg.

En parte se cumplieron las promesas del Archiduque, pues vinieron de fuera los socorros que se esperaban; y la armada del almirante Loker se apoderó de la isla de Cerdeña, de que quedó virey el conde de Cifuentes, y dirigiéndose desde allí á la de Menorca, se apoderó tambien de ella sin disparar un cañonazo.



RENDICION DE LILLE.

Riera Editor. Barcelona, Robador. 24 y 26.